SEGUNDA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO.

§ I.

PERFECCIONAMIENTO MORAL.

Conciencia.

La conciencia habla á todos los hombres que no se han hecho indignos de escucharla.

Ninguno puede ser feliz si no goza de su propia estimacion. Una conciencia pura es una blanda almohada sobre la que solo el hombre de bien puede reposar.

El estar contento consigo mismo, es la prueba y la recompensa de la buena conducta.

Puro en tus acciones y en tus palabras, sé puro, así mismo en tus pensamientos, y arréglalos tan bien que si te preguntaren qué piensas, puedas siempre dar una respuesta pronta, sincera, y al mismo tiempo honrosa para tí.

Aquel cuya conciencia está pura y tranquila, encuentra encanto en todo lo que le rodea, y solo para él es bella la naturaleza. (Diversos autores.)

TESTIMONIO INTERIOR.

La misericordia divina habia conducido un jóven vicioso á una sociedad de hombres cuyas costumbres eran santas y puras. Sintióse este conmovido al ver las virtudes que practicaban. No tardó en imitarlos y en dejar sus antiguos hábitos. Se hizo justo, sóbrio, paciente, laborioso, benéfico. No se podian negar sus obras; pero se le atribuian odiosos motivos. Querian siempre juzgarle por lo que habia sido y no por aquello en que se habia convertido. Esta injusticia le afligia mucho. Fué á derramar sus lágrimas á la presencia de un solitario. "¡Oh hijo mio, dijo el anciano, vales tú mas que tu reputacion: dá gracias á Dios. Dichoso el que puede decir: mis enemigos y mis rivales me censuran vicios que no tengo. ¡Qué te importa, si eres bueno que los hombres sospechen que tú eres malvado! ¿No tienes para consolarte, dos testigos de tus acciones: Dios y tu conciencia?"

BUENA Y MALA CONCIENCIA.

El preceptor de una aldea situada á las orillas del Rhin, daba un dia su leccion á niños de la municipalidad, los cuales estaban sentados á su derredor y le escuchaban con gusto, porque su modo de enseñar era eficaz y lleno de dulzura. Hablaba entonces de la buena y mala conciencia y de la voz secreta del corazon.

Cuando hubo acabado, preguntó á sus discípulos: "¿Quién de vosotros podrá ponerme una comparacion sobre este asunto?" Adelantóse uno de ellos diciendo: Yo podria hacer una, pero no sé si es exacta. (1) Veámos, contestó el preceptor; y el niño se espresó así: "Comparo el sobresalto que causa la mala conciencia, á lo que experimenté un dia en que los soldados enemigos pasaron por nuestra poblacion. Lleváronse por fuerza á mi papá y á nuestro caballo. Viendo que mi papá no volvia, lloraba mi madre y se lamentaba, lo mismo que todos nosotros, y me envió á la ciudad á buscarlo.

(1) Para ejercitar la inteligencia de los niños, se les pide con frecuencia en las escuelas de Alemania que hagan comparaciones sobre los sauntos de que se les habla.

Fuí allá, de donde volví hasta la noche muy afligido, porque no le habia encontrado.

Era aquella una noche oscura de otoño; silvaba el viento por entre los encinos, los sabinos y las rocas; las lechuzas y los buhos chillaban.

Tenia en mi alma el pensamiento de que habia perdido á mi padre, y me imaginaba ya el pesar de mi madre cuando volviera yo solo á casa. Con esta idea me sobrecogió un temblor mortal; el movimiento de una hoja me espantaba, y me puse á pensar en mí mismo. Ved aquì lo que debe esperimentar el hombre que tiene una mala conciencia."

Hijos mios, dijo entonces el preceptor: querriais vosotros andar así en medio de las tinieblas, buscando á vuestro padre vanamente y sin oir mas que el ruido de la tempestad y los gritos de las aves de rapiña? "Oh, nó!" esclamaron todos los niños á un mismo tiempo.

Siguió el niño su narracion. Otra ocacion, dijo, hice el mismo camino con mi hermana. Habíamos ido á buscar á la ciudad cosas de gusto y de regalo para una pequeña fiesta que mi padre queria celebrar en obsequio de mi madre, al dia siguiente. Volvíamos ya por la noche, pero era en la primavera. Estaba el cielo hermoso y sereno, la naturaleza tranquila, y reinaba en todas partes un silencio tan profundo, que se oia el murmullo del agua que corria á lo largo del camino; y por todos los alrededores cantaban los ruiseñores entre las ramas de los árboles. Caminábamos juntos mi hermana y yo, teniéndonos por la mano, y con el corazon tan contento que ni aun teníamos gana de hablar, y encontramos á nuestro buen padre que nos venia á recibir. Díjeme entonces á mí mismo: ved aquí lo que debe experimentar el alma del hombre que ha obrado el bien."

Callóse el niño, miró el preceptor por un corto rato á sus discípulos con cariño, y despues esclamaron todos unánimemente: "¡Sí, queremos llegar á ser hombres de bien!"

FELICIDAD QUE RESULTA DE UNA CONCIENCIA PURA.

Una tarde un pescador, venerable por su edad y por sus virtudes, acababa de embarcarse en una navecilla con su hijo y se entraba en la mar para echar sus redes en las cañas que crecen en la rivera de muchas islas vecinas. Ocultábase el sol en el seno del mar, y las olas, lo mismo que el cielo, aparecian doradas.

"¡Ah, cuán bello es todo lo que nos rodea! dijo entusiasmado el jóven. !Ved cómo el cisne, circundado de su alegre cria, se sumerge en el dorado reflejo del cielo! Ved cómo nada, cómo deja surcos en las olas, y cómo despliega sus álas! ¡Qué rumor tan agradable hacen escuchar esos altos álamos en ese bosquecillo que circunda la playa! Y en esta isla cómo se agitan y se doblan suavemente al soplo del céfiro, esos trigos verdes aún! ¡Cuán bella es la naturaleza! ¡Y cuán contentos y felices nos hace!

Sí, contestó el padre, la naturaleza nos proporciona placeres inocentes; siempre disfrutarás estos placeres, hijo mio, si eres hombre honrado y si pasiones violentas ó culpables no vienen é turbar tu reposo. ¡"Oh querido hijo! Una conciencia tranquila, hé aquí el mas precioso de todos los bienes. Conformándome con este principio, oh hijo mio, es como yo he vivido dichoso hasta hoy.

"Setenta veces, despues de mi nacimiento, el bosque que rodea nuestras chozas se ha adornado de verdor; y esta larga vida ha pasado como un bello dia de primavera en medio de la tranquilidad y de los placeres inocentes. Sin embargo, no he estado siempre libre de toda afliccion. Surcando la mar en mi ligera lancha, he sido muchas veces sorprendido por la tempestad. Mi barca permanecia suspendida sobre la cima de una montoña de agua: derrepente, con un espantoso estrépito, bajaban las olas y yo con ellas. Los silenciosos habitantes del mar temblaban cerca de ellas; escondíanse en el fondo del abismo cuando el ruido del trueno y de las olas resonaba; por lo que hace á mí, en cada ola creía ver que se abria mi húmedo

sepulcro, ya cuando los vientos soplaban con furor, ó bien cuando los rios de agua llovian sobre mi cabeza.

"Pero presto se calmaba el furor de los vientos, se serenaba el aire, y percibia yo en el tranquilo espejo del mar la imágen del cielo. Muy pronto el esturion de azulado lomo y ojo encendido, escondido entre las yerbas marinas, salia de su asilo: multitud de pescados saltaban sobre las olas en que brillaba el sol, y la calma y la alegría renacian en mi corazon.

"¡Oh hijo, mio! tu ternura principalmente es la que ha causado mi dicha: has sido tú, hasta hoy, dócil á mis consejos; síguelos siempre y serás feliz como yo, y la naturaleza será siempre bella á tus ojos."

Enmienda.

No tengo sino un solo negocio, que es el de estudiarme, sondearme profundamente, y sobre todo, vencerme, para hacerme digno de llegar á la verdad.

Solamente entra la virtud en una alma cultivada, ilustrada y perfeccionada por un continuo ejercicio: nacemos para la virtud, mas no con ella.

Los hombres de mas feliz nacimiento tienen disposiciones para la virtud antes de ser instruidos, pero no son todavia virtuosos.

No es lijereza detestar un error que se advierte y conoce. Conviene ingénuamente confesar que no se habia visto con reflexion; que habia habido engaño, insistir, en caso semejante, no puede menos que ser el efecto de un necio orgullo. La confesion de las faltas, nada cuesta para los que se sienten con fuerzas para repelerlas.

Nadie sufre con mas paciencia ser reprendido que el que mas merece ser alabado.

Sin duda es un gran mal estar lleno de defectos; pero es todavía mayor tenerlos y no querer confesarlos, porque es todavía añadir á aquel mal el de una voluntaria ilusion.